

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

Me pongo a escribir sobre Portugal cuando está empezando a abrir un domingo de otoño. Para quien conozca el país contiguo más que en el mapa –casi inevitable cuando contemplamos el mapa nuestro-, es fácil imaginar ahora el plateado albor sobre la vega donde el Mondego copia torres conimbricenses; la extenuada nostalgia de las viñas recién vendimiadas en Bombarral y en Amarante; la luz descubridora que desde la rosa de Sagres avanza, como una quilla, por donde antaño fuera la mirada de don Enrique el Navegador...

Pero no quisiera dejarme -hoy- arrastrar por las aguas frescas rumorosas del lirismo, tan difíciles de esquivar en cuanto uno asienta el pie o los recuerdos en el reino de la “saudade”. (Abrid la radio o el tocadiscos y escuchad cualquier canción portuguesa: nada tardará en saltar la “saudade”). En estos días, los gobernantes de los dos países ibéricos andan a vueltas con nuestras relaciones. A esto quiero apuntar.

Portugal, cerca. Portugal, lejos. Yo he pensado muchas veces, y largamente, sobre el verdadero espesor de la medianería peninsular. Nuestra tierra leonesa no es colindante en rigor, sino algo así como semiesquina (aprovechando el término que usan los vendedores de pisos, a veces con notario abuso) De niños mirábamos para los montes casi fronterizos y una nostalgia confusa nos envolvía al pensar en Lisboa, aquella ciudad que en el libro de Geografía se nos representaba igual de imposible, igual de distante que Pekín. Un año por las fiestas del Cristo, vino a Villafranca la banda de Viana do Castelo. Decían los entendidos que jamás se oyera un golpe de platillos tan dominador, que nunca uniformes tan bizarros se habían visto. Algunos de los músicos eran niños, y entre niños nos carteamos después. Mi corresponsal se llamaba Casimiro Pinta da Silva, "a o cargo de Rosa Justina da Costa", como consta en uno de esos compartimientos de la memoria que sin explicación alguna se hacen invulnerables. Lo que tampoco llegué a olvidar, pero esto ya tiene su por qué, es aquel primer sobre donde mi nombre se adornaba de "Excelentísimo señor". Por otra parte, al hablar en el Bierzo de algún suceso dramático donde un hombre tuviera que huir a lugar lejanísimo, solía hablarse de Portugal. No eran muchas leguas de camino, pero cambiaban los colores de la bandera y esto debía de importar mucho. Contaban que sólo con poner un pie allí, en el extranjero -ni siquiera había que poner los dos-, ya ni al más perseguido podían hacerle nada. En nuestros años malos, Portugal era un paraíso: Por tener tenían hasta bombillas -"Lumiar, a lámpada portuguesa"-, cuando

aquí era de reglamento restituir a la tienda el casquillo de la ya inservible. Y un tabaco rubísimo -el "Diana"- al precio abusivo de un duro, que empezó gastándose en Orense para ganar velozmente toda la ávida geografía fumadora de España, incluido el café Central de León.

Hasta que llegó la ocasión del verdadero encuentro (Y lo de encuentro ensancha su sentido porque fue un partido de fútbol.) Qué maravilla, ¡entonces!, salir al extranjero. Aunque el extranjero fuera una mínima ciudad provinciana "entre Minho e Douro" Hubo allí petulancia mutuas y abrazos estrujadores, himnos y denuesos. O sea... "la deportividad". A ratos valía decir que españoles y portugueses nos llevábamos como hermanos, que suele ser un estilo hondo, entrañable, de llevarse mal. Al final, que es lo que cuenta, nos quedaba a todos un buen sabor.

Han pasado los años. No diré yo que Portugal sea para mí un pecho diáfano, pues ciertamente -y quizá por esto me gusta tanto- conserva una sombra de misterio que no guarda relación directa con la distancia geográfica. Pero si he aprendido a quererlo más cuanto más respeto su individualidad. Y al pasar por una de esas calles leonesas que nunca sé si es Conde Guillén o Bernardo del Carpio, me gusta ver la insignia diplomática del consulado, que siempre hace cosmopolita y hasta novelesco.

Habría que acudir a Paco Ramos —"o senhor doutor Francisco Ramos Sancho"—. Extremeño de nación, leonés de vecindad, amigo muy cualificado de Portugal, a ver si inventamos algo para que Braganza deje de sernos tan lejana como Calcuta.

*

LA demorada incorporación de José Fernández Jolís a los censos de la producción librera; el hecho de que sus obras nos lleguen de mano del propio autor, sin la mediación de otros signos editoriales; su deliberado anclaje en el orden estricto de las casi olvidadas preceptivas; la temática sencilla, cordial, añorante... Todo podría conjurarse para que un observador apresurado dictaminase, sobre este caso, la frecuente debilidad madura de estampar en letra de imprenta unos sentimientos más o menos valiosos, pero de mero interés personal. Y no.

Fernández Jolís -esto es cierto- anda su camino poético en soledad, sin apoyo generacional que le valga, despreocupado de los modos y las modas. Pero lleva dentro un fuego que llega a comunicarse. "Rimas de mis huellas andariegas" se llama su salida

recentísima, que se abre tras un prólogo amigo, de Antonio Gamoneda. La montaña leonesa -¡cómo no!-, la nieve, el amor, la azucena y la flor del beleño, el aire tramontano...

Jolís es poeta. Si Jolís hubiera cultivado antes y a fondo esta cualidad, sería, además, un poeta conocido, catalogado, "escalafonado". Pero él prefirió, antes que nada, vivir. (Qué delicia, el relato de sus viajes por Europa cuando apenas se asomaba uno a la provincia vecina, sus congresos postales, la incesante observación del mundo...) y ahora, después de vivir, lo que nos da en su poesía es el rebose de la copa de su corazón. Inteligente, jovial, amistoso Pepe Fernández Jolís.

*

HERMOSA perspectiva es la del ciudadano(a) que se presenta para concejal, porque ya desde entonces se está asegurando un día fasto. Acude uno a cualquier competición, y a la esperanza de vencer corresponde el riesgo de ser vencido. El candidato a concejal, en cambio, sabe que, tanto si sí como si no, va a tener una ocasión garantizadamente venturosa.

Hace días concertamos entre los amigos una cuchipanda de homenaje para cierta persona (y muy grata) del grupo. Con la debida anticipación de fechas escogimos el lugar, el menú, los vinos. Lo que no podíamos saber con certeza es si nuestro compañero saldría concejal, puesto que la votación sería sólo unas horas antes de la cena tan minuciosa y precozmente organizada.

Pero daba igual. A mí me encargaron -no sé por qué- el ofrecimiento de la simpatía común, y yo ensayé un brindis que con sólo el ligero cambio de una frase podía valer según una u otra eventualidad.

Y todos los comensales, igual. Había que decir:

-Enhorabuena. ¡Ha sido un gran triunfo! o bien:

-Enhorabuena. ¡Menuda gaita te quitas de encima!

Y lo bueno es que, en cualquier caso, nadie iba a quedarse con remordimiento de hipócrita.